

AURELIO PRUDENCIO EN LAS AULAS ESPAÑOLAS

S OLO de una manera oblicua y fugaz, tocó Menéndez y Pelayo la figura y la obra del gran poeta hispanorromano Aurelio Prudencio. En su amplio camino de reconstrucción y revalorización de la cultura española, tropezó con el gran enigma, con el desconocido glorioso, verdadero peregrino en su Patria. E hizo lo que hacen los faros en la obscuridad ambiente: derramó sobre él un golpe de milagrosa luz, y le definió en juicio breve y certero; pero no sin prometerse a sí y prometernos a nosotros, en la *Historia de los Heterodoxos españoles* (tomo II, 146, Edición Bonilla), que volvería, más tarde, al sabroso tema, dando una traducción de la *Hamartigenia* y de la *Apotheosis* y de todas las inspiraciones de Prudencio, con un comentario de sus robustas bellezas poéticas y de sus doctrinas filosóficas y teológicas. Pero este día no llegó; como no llegaron otros días, que él necesitaba para tantos planes como germinaban en su mente poderosa. Su vida fué cortada cuando su pensamiento urdía la trama gigantesca. Su obra ingente, rota a medio hacer, ha cobrado ya la santidad de las ruinas vírgenes. Suspendida entre cielo y tierra, ha quedado la romana y sólida majestad del acueducto. Dejadme repetir aquella melancólica expresión que inspiró a Salustio un cadáver prematuro: *Dignus sané vir cui vita longior contigisset*. Menéndez y Pelayo fué varón verdaderamente digno de que el cielo le concediese una vida más larga. Y Aurelio Prudencio, que fabricaba versos de hierro celtibérico, mereció verdaderamente un traductor tan recio y un crítico tan fuerte como el maravilloso polígrafo, hijo de la Cantabria, en cuyas montañas Dios escondió la vena del hierro.

Aurelio Prudencio recogió la lira de Horacio, la hizo cristiana y

la dotó de todas sus cuerdas. Su riqueza poética resalta más, si se le compara con los otros poetas cristianos de su tiempo. Paulino de Nola, el mayor de todos ellos, después de Prudencio, es un poeta monocorde, alma blanda, suave, líquida, como la de Ovidio; difusiva, sonora, hermana de la del Petrarca. Equiparar a Prudencio con Paulino de Nola, es comparar la alondra impetuosa con el grillo secreto y tímido. Prudencio pulsó todas las cuerdas de la lírica cristiana: ensayó el himno litúrgico en el *Cathemerinon*; introdujo la oda sacra en el *Peristephanon*; puso en verso el dogma en *Apoltheosis* y *Hamartigenia*, y en escena, en su *Psichomaquia*; blandió la sátira en su poema *Contra Simmachum*; ilustró las pinturas murales y el mosaico en el *Dittocheon*, guiando los pasos del arte cristiano incipiente. La riqueza de su obra consiste en que jamás se encerró en ningún género determinado y en que la novedad de sus temas introduce, en la mayor parte de sus obras, una combinación de formas que les comunica, a trechos, bellezas imprevistas. El *Cathemerinon* o Cantos para todas las horas del día, es una serie de composiciones líricas, con alguna no disimulada intención catequística y con un marcado tono de homilía. En el *Peristephanon*, o sea libro de las Coronas, más de una composición, que, por el metro, es oda, es sátira por el fondo de las ideas o es drama por el procedimiento de exponerlas. Así en el himno décimo, consagrado a San Román, los discursos que Prudencio pone en la boca del mártir, son de un Juvenal cristiano. Mas, los episodios que se suceden, los personajes diferentes que entran en escena, forman un verdadero drama, que no recuerdan a Sófoles, ciertamente, pero que parecen continuar las tragedias declamatorias y razonadoras de nuestro Séneca. En el poema polémico *Contra Simaco*, todos los géneros poéticos andan mezclados. Ora la sátira aguza contra el paganismo su punta acerada; ora el filósofo y el teólogo escudriñan los orígenes de la idolatría; ora el político y el historiador nos introducen en el Senado Romano y nos hacen asistir a alguna de sus deliberaciones trascendentales o trazan, a grandes rasgos, el cuadro de la unidad romana, precursora y preparadora de la unidad religiosa. ¿Y a qué género reducir la *Psichomaquia*, o sea combate espiritual? Aunque la alegoría no sea del todo desconocida por los poetas clási-

cos, no dejaron, empero, poemas en que ella tuviese el primer papel. La *Psicomaquia* de Prudencio, que, a nuestro gusto de hombres modernos, nos parece asunto convencional y frío, a pesar de la imaginación y del talento de que el poeta hace en él gallardo alarde, abre el ciclo de aquellas composiciones en que la Edad Media animó de una vida individual las virtudes y los vicios e insufló aliento vital en las abstracciones, desde las *Bodas de Mercurio y la Filología*, de Marciano Capella (siglo v), hasta aquellas hieráticas pinturas inmortales en que el Giotto trazó las virtudes bienamadas de Francisco de Asís: la Pobreza, la Castidad, la Obediencia. Sin olvidar la obra de refinamiento exquisito, en la que Andrés Mantegna tradujo literalmente al color la *Psicomaquia* prudenciana, comunicando a la áspera alegoría del poeta celtibérico, juvenil gracilidad, alegría y luz y no sé qué suerte de gracia platónica. Adscritos a la escuela poética de la alegoría, que introdujo Prudencio, están los máximos poetas, que se llamaron el Dante Alighieri, de la *Commedia*, y nuestro Calderón, de los *Autos Sacramentales*.

Poeta tan alto, tan vario y tan completo, dió al cristianismo y a la cultura la España cristiana y romana del siglo iv, en el zaragozano Aurelio Prudencio. ¿Por qué no habrá entrado Aurelio Prudencio en las aulas españolas con todo el honor y con la franca asiduidad que se merece? Para mí, es el mayor poeta hispanorromano. Más que Lucano, que debe ser adscrito, con mejor derecho, entre los oradores, según el certero juicio de Quintiliano; más que Séneca, que puede ser colocado entre los poetas civiles por la densa intención política de sus tragedias. Ambos a dos, sobrino y tío, son españoles vergonzantes que acusan su hispanismo precisamente por sus defectos, es a saber, el énfasis sostenido a todo trance, la hinchazón privativa de la escuela bética y aun casi vinculada en la familia cordobesa de los Anneos. Es poeta más fuerte e infinitamente más puro que Marcial, que, como el propio Prudencio, era celtibero y antípoda de los poetas de Córdoba, todo magrez él y ellos, todo tumor. Si poeta es aquél, que, según la definición de Oracio, tiene ingenio, tiene mente divina y boca para hacer resonar grandes cosas, a Marcial le fallaron las dos cualidades últimas, si bien tuvo el ingenio hasta un grado

vicioso; aquel mismo sentido de lo sutil, que debe ser un don otorgado a su pueblo, puesto que, a través de muchos siglos, remanece espontáneo y lozano en Gracián y en *Agudeza y arte de ingenio*. Prudencio, que no tuvo tanto ingenio como Marcial tiene, en cambio, la *mens divinius* y el *os magna sonaturum*: tiene la mente iluminada con la luz de lo Alto y el rostro señalado con la lumbre del Señor; tiene la boca escandecida de entusiasmo sacro, que es aquella ascua con que el Serafín tocó los labios del Profeta y que le hace a propósito para cantar el cántico nuevo: *Exultabunt labia mea cum cantavero tibi*.

Además, Aurelio Prudencio es el poeta más español de todos ellos. Séneca y Lucano fueron españoles vergonzantes de la Roma imperial, como dije más arriba; jamás lo manifiestan en sus obras, y no tienen para su Patria lejana la emoción dulcísima de ningún recuerdo. De su tierra sólo trajeron a Roma el excesivo y casi pueril amor de lo sonante y de lo brillante, don que los historiadores de la literatura latina les agradecen harto poco, pues les acusan de corruptores del buen gusto. Mas el hispanismo que celaban con tan cuidadoso disimulo los poetas de la Bética, lo profesan a voz en grito los poetas de la Celtiberia. Marcial se enternece al recuerdo del río nativo, bullicioso y rauda, y de los riscos patrios y de las fuentes conocidas, y de los pomares umbrosos y sabrosos de Calatayud. Prudencio se extasía al recuerdo de la acrópolis tarraconense y del blando rumor de su dorada playa y de la perpetua fiesta de aquel su mar luminoso; canta el agua verde y rapaz del Guadiana y la mármorea blancura de Mérida, la bien cercada, y levanta al cielo el nombre y la majestad de Zaragoza. Marcial, con aragonesa jactancia, hubiera apostado que el Jalón valía más que el Tíber. Prudencio dice que Zaragoza vence a Roma y a Cartago. El españolismo de Marcial, en la Roma de los Flavios, llega a ser insolente y agresivo. El españolismo de Aurelio Prudencio, en los días de Teodosio divino, el emperador de Itálica famosa, es consciente y grave. Para Prudencio, ser español equivale a atraer sobre sí las más bondadosas miradas del cielo y la más amigable de las sonrisas de Dios:

Hispanos Deus adspicit benignus.

Y este mismo Aurelio Prudencio, español auténtico e insobornable, sostiene el cetro de la poesía latino-cristiana. Con su riquísima vitalidad sanguínea abruma al pálido poeta y español descolorido Juvenco, autor de la *Historia evangélica*, cuya modesta ambición se limitó a *virgilianizar* el Evangelio, según San Mateo, y a hacer caminar al Buen Pastor dentro de las huellas de Melibeo y Títilo, y a aventurar por el mar Tirreno la barca de los pescadores de Tiberíades. Vence a San Paulino de Nola, autor de blandas elegías, pero medroso en exceso de la fiera altanería de la oda, temeroso de la arena del combate y de la ardiente gritería de la lucha. Aurelio Prudencio vence a todos los poetas cristianos. Para ser vencido él, a su vez, ya que las Musas aman las alternativas —*amant alterna Camaenae*—, tendrán que pasar casi nueve siglos. Hasta que un siglo enorme alumbró a un poeta enorme; hasta que el siglo XIII dió a luz a Dante Alighieri en un parto gigantesco, que recuerda los alumbramientos mitológicos de la Tierra, cuando era moza y se llamaba Geo, y abría sus entrañas para dar paso a los Titanes. Hasta la aparición del Dante y de las lenguas vulgares, Aurelio Prudencio, hosco y fuerte, preside con ineluctable tiranía el curso de la poesía cristiana.

Tenía que ser el siglo XVIII, el melindroso y alfeñicado siglo XVII, quien desterrara a Aurelio Prudencio de las aulas españolas, en donde, hasta entonces, había estado con gloria y con provecho. Los sabios maestros antiguos no tuvieron estos melindres puristas que tenemos nosotros. El venerable texto de Prudencio vió crecer aún más las cejas salvajinas y la cana barba sapiente de Antonio de Nebrija, el mago benigno, padre de todos los humanistas españoles, que morosa y amorosamente le fijó y le ilustró. En bella edición logroñesa, impresa en 1512 por Guillermo de Brocar, le guardan hoy los bibliófilos bajo llaves avaras. Erasmo le tuvo en muy grande estima y le llamaba maestro Píndaro: *Nunc ipsum Pindarum nostrum audiamus*. Cuando en las Navidades del año 1523, la discretísima Margarita Roper, hija de Tomás Moro, celebrólas en su hogar, en compañía de su venturoso marido, Guillermo Roper, con el nacimiento de su primer hijo, desde Basilea, Erasmo, su gran amigo, no encuentra regalo mejor que enviarle un lindo comentario de los dos himnos de Aurelio

Prudencio: Del Nacimiento del Niño Jesús y de su Epifanía: *En mitto tibi alterum Puerum multo auspicatissimum Iesum qui connubi vestri proventum bene fortunabit.* Y este tierno comentario erasmiano de los himnos del poeta español, fué leído y celebrado en aquel asilo del saber antiguo, en aquel honestísimo gineceo, que era el hogar de Tomás Moro, coro venusto de las Musas. La musa Calíope de este coro melodioso era aquella reina de tristes destinos, a quien su preceptor, Luis Vives, llamaba cariñosamente Catalina de España.

Harto sé de qué acusan a Aurelio Prudencio los sagaces puristas que le relegaron extramuros de las escuelas españolas: de setenta y cinco vocablos no latinos y de sesenta faltas prosódicas. No falta quien haya hecho este escrupuloso registro. El P. Faustino Arévalo, en su monumental edición romana de Aurelio Prudencio, recogió esta lista triste.

El afán, más triste de ser clásicos, de ser ciceronianos, engendró estos extravíos y estas menguas. Nada hay tan menguado como negarse a sí mismo. ¿Clásicos? ¿Ciceronianos? Ellos, lisonjeándose en exceso, se figuraban serlo. Por ciceroniano, un ángel soñado dió a San Jerónimo un ficticio vapuleo. Acaso no se lo merecía, porque si el propio Cicerón hubiera leído al doctor Estridonense, hubiera reconocido en él al bárbaro de las orillas del Danubio, y en su prosa frenética, ditirámica, hubiera catado un peregrino sabor, cuyo origen no se hubiera sabido explicar, porque era contaminación del hebreo. San Agustín no perdió jamás (es él mismo quien lo dice) ni el acento ni la rudeza púnica, que con baldío esfuerzo intentaba disimular cuando era profesor de Retórica en Roma y en Milán. En Apuleyo, en Tertuliano, en San Cipriano se transparenta su origen de Africa; en Ausonio y en Sidonio Apolinar, se descubre la Galia originaria. Y en Séneca y Lucano, en Marcial y Prudencio, el latín aclimatado en España; el latín del *peritus Iber*, el latín de los españoles cultos.